

DAVID LE BRETON. (2011). *Elogio del caminar*. Madrid: Siruela. 171 p.

Entre los trabajos del sociólogo y antropólogo francés David Le Breton (1953) sobre representaciones del cuerpo humano se inserta una amena indagación sobre nuestro acto más natural: andar. *Elogio del caminar* es el título de este ensayo que ahonda en el quehacer de trotamundos y paseantes, de expedicionarios y peregrinos, y también, en nuestra propia andadura, elevando la humana facultad de desplazarse a un nuevo plano de conciencia y de gracia. La edición que aquí reseñamos pone al alcance de los lectores hispanohablantes el texto publicado en francés en 2000.

Dividido en una breve introducción (“Umbral del camino”), cuatro capítulos (“El gusto de caminar”, “Caminantes de horizontes”, “Caminar urbano”, “Espiritualidades del caminar”) y un epílogo (“Fin del viaje”), el ensayo de Le Breton convoca a caminantes de postín, como Robert Louis Stevenson, Basho, Henry David Thoreau, Arthur Rimbaud y Friedrich Nietzsche; y a modestos héroes, como el conquistador español Álvar Núñez Cabeza de Vaca, el cónsul británico Richard F. Burton, el viajero francés René Caillié y el aventurero Michel Vieuchange, quienes se pusieron a prueba física y moralmente en sus periplos por regiones inhóspitas.

Con sus pasos, estos hombres escribieron páginas doradas de una práctica que hoy es “una forma de nostalgia o resistencia” (p. 18). Sus vivencias permiten aprehender el perfil genérico del amante de los caminos, vertebrado por elementos comunes como las dinámicas del cuerpo, el equipaje, los compañeros de viaje, las heridas, el sueño, los ruidos o el silencio, el ritmo de la marcha, la intensificada actividad de los sentidos y el contexto de la experiencia (el campo, el desierto, la ciudad).

Una de las premisas del libro de Le Breton supone que caminar por pasatiempo es un anacronismo en nuestros días, desalentado por la hostilidad de las grandes ciudades y los vehículos, esas prótesis que nos ofrecen mayor libertad de movimiento al precio de atrofiar nuestro cuerpo a cuerpo con el mundo.

Otra premisa asume la caminata como una “actividad antropológica por excelencia”, en cuanto que “moviliza permanentemente la tendencia del hombre por comprender, por encontrar su lugar en el seno del mundo, por interrogarse acerca de aquello que fundamenta su vínculo con los demás” (p. 62). Andar y pensar, pensarse, se plantean entonces como rutinas indisolubles, como continuo y simultaneidad que nos constituyen.

Pero caminar es, también, vivir el cuerpo con una intensidad diferente. Nos entregamos a ello con todos los sentidos, lo que lo convierte en un buen remedio contra la rutina, la melancolía y cualquier otro letargo funcional que debilite nuestro estar en el mundo. Todo trayecto se ofrece como “selva de indicios” (p. 62), como “biblioteca sin fin” (p. 63), como investigación del mundo y de nosotros mismos; como sentido en movimiento, un sentido que se construye con cada paso.

El autor observa que hacerse al camino implica abandonar la zona de confort y allegarse a otras formas de conocer. En ese proceso no sólo se crean nuevas conexiones neuronales, sino que a medida que el cuerpo avanza, el alma sella nuevas maneras de vincularse con las adyacencias. En el contexto de reconexión sensorial que genera el caminar, los gestos habituales y las cosas cobran nuevos significados. De su “redescubrimiento de la espesura sensible del mundo” (p. 36), el andariego regresa tocado, cargado de sensaciones, renovado.

En otro renglón se inscriben las expediciones de la mente y las que se hacen a cuenta del espíritu. Las primeras no son menos agotadoras, ni menos liberadoras que las físicas, como la del militar Xavier de Maistre, en *Viaje alrededor de mi habitación* (1846). A las segundas, itinerancias de peregrinos y monjes anónimos, Le Breton las describe como “plegarias efectuadas con el cuerpo” (p. 144), una hermosa metáfora que a duras penas logran envilecer los casos de personas ricas que antaño pagaban para que otros peregrinaran en su nombre.

Cierra el volumen una atrayente bibliografía (“Compañeros de ruta”) con la que los lectores pueden continuar la marcha por su cuenta, en pos de caminantes paradigmáticos. El único punto desfavorable de este apartado quizás sea el predominio de títulos publicados netamente en francés.

Lo que en definitiva propone *Elogio del caminar* —desde una reflexión distendida, pero bien documentada y no exenta de sistematicidad— es la reconquista de un privilegio de la especie, de una accesible vía de autoconocimiento. Recobrar la voluptuosidad y la lúcida embriaguez de la marcha a pie. Lanzar nuestro cuerpo por los rumbos como una pregunta, ofreciendo una escucha radical, dejando que el camino resuene en nosotros, que lo otro nos ande.

Ana García Julio

Universidad Central de Venezuela

Correo -e: annajulia17@hotmail.com